

## del control

CON ocasión de comunicar el reajuste de los precios de las localidades, el director general de Cine y Teatro reunió hace unos días en su despacho a los periodistas. Aparte del tema central que provocaba la convocatoria se trataron otros y, en especial, el que en este momento constituye la piedra de toque de la industria, el del control de taquilla. Algo tan elemental como es el saber a ciencia cierta, en un mundo en el que se manejan intereses económicos tan fuertes como es el del cine, los rendimientos de las distintas películas ha venido siendo, desde tiempo inmemorial, imposible. Sin embargo, en torno a las especulaciones sobre ello ha venido montándose todo el tinglado industrial cinematográfico. Y no se trata de algo que pueda considerarse al margen del aspecto estético, sino que va íntimamente ligado a ello.

Repetidamente se ha hablado de la falta de tradición cinematográfica que nos aqueja, falta de tradición en cuanto a una historia del cine español y en cuanto al cine que vemos los españoles. Porque si el interés de las películas que se ruedan en el país es escaso no lo es menos —siempre hablando en términos generales— el del material extranjero que accede a nuestras pantallas. Evidentemente, en uno y otro caso, la endeblez de las películas no se debe sólo a razones industriales, aunque el aspecto económico de la cuestión —plantada la economía a escala estructural— sea fundamental. Pero si puede decirse que los planteamientos industriales son condicionantes. En efecto, y al margen de otras consideraciones, una de las razones que se alegan para la no distribución o no producción de una película es, indefectiblemente, la de su «no comercialidad». Concepto tan vago como el consistente en dictaminar a priori, y de un modo profético, sobre lo que «el público quiere».

En primer lugar, el público abstracto no existe. Existe el público de determinados países y existe el público de determinadas clases. Es cierto que en función de condicionamientos como la publicidad, el culto del *star-system* o la moda del momento existen siempre películas a las que se puede pronosticar una carrera brillante. Pero también lo es que no sólo a veces estas predicciones fallan, sino sobre todo obras concebidas como un pequeño negocio se convierten en uno fabuloso. Naturalmente, el conocimiento por el mayor número de personas posible de los resultados efectivos y reales de la explotación de cada film no es la panacea universal, dado, en primer lugar, que se trata de datos que sólo adquieren un valor mucho tiempo después de haberse planteado el negocio. Pero sí es un hecho que, de los datos arrojados por un control de taquilla realizado inteligentemente e inteligentemente interpretado pueden deducirse normas de conducta y extraerse puntos de apoyo para una política cinematográfica consistente.

Todo ello a partir, claro es, de que el cine no se considere, en su aspecto estético, como algo desligado de la industria. Consideración que, por otra parte, cuenta cada día con menos adeptos. Cuanto mayor sea la importancia que el autor cinematográfico conceda a su obra en todos los sentidos, mayor habrá de ser su necesidad de que aquella tenga acceso al mayor número posible de espectadores, lo que no quiere decir que, por definición, haya de rechazarse el cine que se ha dado en llamar «minoritario», ignorando, o pretendiendo ignorar, que, en las actuales condiciones económicas de cine, es posible y deseable una diferenciación de los públicos a los que las distintas obras van a priori destinadas, sin perjuicio de buscar que el público susceptible de consumir el producto estético y moralmente válido se amplíe en función de un mayor acceso a la cultura y a su posibilidad.

Por otra parte, hay que considerar que los rendimientos de los distintos films no pueden tomarse en un sentido absoluto, sino en relación a sus costos, lo que puede arrojar resultados, por lo menos, sorprendentes, en el sentido de que films de no excesivo costo puedan, en proporción, y en virtud de una exhibición continuada y repetida ante sus destinatarios naturales, dar mayores beneficios —no absolutos— que una gran superproducción cuya boga decrece al cabo de poco tiempo. Todo esto, naturalmente, supone que se lleven a cabo —en lo que se refiere a nuestro país— una serie de reformas de las cuales el establecimiento del control de taquilla no es sino un primer paso. Pero supone también la posibilidad de, a través del control de taquilla, llegar a un control del pulso real del país en cuanto a su receptividad cinematográfica y, en consecuencia, la de forzar la mano a quienes tienen en su mano las riendas del cine en el sentido de, con los datos a la vista, exigir que el español tenga derecho a una cultura cinematográfica que merezca el nombre de tal.

Parece ser que de los últimos datos obtenidos —el control comenzó a regir en enero último— ya se pueden deducir conclusiones en este sentido. Que películas consideradas «difíciles» han resultado, incluso en ingresos brutos, de superior rendimiento a otras de signo contrario. Que el cine americano no está a la cabeza de las recaudaciones. Y que, incluso dentro del cine español y de sus limitaciones industriales, se ha producido más de una sorpresa. Esto sin tener en cuenta que el sistema, todavía en embrión y con las lógicas imperfecciones —está latente la pugna entre el sistema de control por inspectores y el que se realizaría mecánicamente, previa la institución de un billeteo nacional—, ha de complementarse con otra serie de medidas, en especial las tendientes a la información completa sobre los datos obtenidos —que se anuncia ya como oficial, y que debería llegar a ser corporativa— a fin de, a partir de ellos, y no de su ignorancia completa y del falseamiento a que esta desinformación ha venido dando lugar hasta ahora, poder plantearse, a escala de una realidad existente, una política cinematográfica válida, de la que estamos tan necesitados.

CESAR SANTOS FONTENLA

correspondencia  
con dos nuevos autores

NO sé si el motivo de que no me hayas escrito es que temas ser duro conmigo diciéndome la verdad, si es que has leído mis obras y te han parecido malas. De una forma u otra, creo que para mí es mucho mejor la verdad que la duda. De la duda es difícil salir si no le sacan a uno. La verdad, aunque sea mala, puede suponer el salir del mal momento, y, quizá, superarlo. Creo que lo comprenderás y tendré carta tuya. No temas ser duro con mis obras si las has leído. Lo prefiero. Por lo tanto, espero tu carta, aunque voyas a salir de verano en agosto. Te lo agradeceré mucho.

«Le mando mi obra, a pesar de cuanto me dice en su carta. Sé muy bien que la mayor parte del teatro que se estrena no le gusta, y, viceversa, que el teatro que a usted le gusta apenas se representa. ¿Qué valor puede tener, por tanto, su juicio?, viene usted a decirme. Quizá poco si yo fuese un autor oportunista, con prisas por estrenar. Pero es éste el caso. Metido en una capital de provincia, donde cada vez resulta más difícil ver y hablar de teatro, lo que quiero es una opinión, y precisamente como la suya, que me diga si estas páginas valen algo, si debo seguir...»

Me vais a permitir que os conteste a los dos públicamente. Podría haber elegido otras cartas y otros párrafos tremendamente iguales a los vuestros, lo que me autoriza a pensar que no se trata de temas particulares sino del viejo y manoseado problema del «autor novel» en España. Por eso os contesto públicamente, aun silenciando vuestros nombres.

Quizá en pocos países como en éste del «nuevo autor» puedan advertirse las dramáticas contradicciones que impone nuestra evolución general, quizá porque a menudo no es asumida racional y totalmente. Tiempo hubo, y no tan viejo, en el que el autor, como todavía el director o el actor, consideraban que su labor consistía en entregar un producto conforme a la demanda. El escritor «marginal», el dramaturgo que no hacía del éxito el primer valor, la razón y justificación de su trabajo, era infrecuente, y, con frecuencia, su rebeldía le valía las calificaciones de bohemio, maldito o extravagante. Los ejemplos de Valle y Unamuno son significativos. Hoy, por el contrario, la servidumbre a la demanda ha perdido prestigio. Lo que un día fue considerado extraño, es lo normal. Una gran parte de los nuevos autores se plantean el trabajo sobre supuestos distintos: el público ha dejado de ser «respetable», y, por principio, el nuevo autor —al menos, los nuevos autores que cuentan— coge la pluma o la máquina para expresarse a sí mismo, para confesar o testimoniar bajo tácito juramento, lo que quizá sea, a fin de cuentas, un nuevo y mucho más serio modo de «respetar» al público. El «mentir» para consolar se juzga una interesada complacencia, hasta el punto de que una de las obras contemporáneas españolas que más dinero han producido a su autor va firmada con vergonzante seudónimo.

Hoy, directores y actores son, todavía, profesionales inauténticos en la medida en que en su gran mayoría, o son inconscientes o se sienten inocentes del valor global del espectáculo en que intervienen. Se siguen considerando, casi siempre, piezas del mecanismo que —bueno o malo— los solicita.

El autor, por fortuna, sí ha cobrado conciencia de las implicaciones de su trabajo. Sabe que ha de «responder» por él. La lucha por el éxito, la incompetencia por buenos ingresos de taquilla, ha adquirido, desde el ángulo del autor, nuevas perspectivas. Se pueden ganar millones y pasarse la vida justificándose y acallando con sibilinas razones la mala conciencia.

Pero es el caso —y aquí está vuestra tragedia— que un autor aspira, muy justamente, a vivir de su trabajo. Y, hoy por hoy, hasta la hora teatral en que se escriba para el pueblo (en el sentido de «totalidad española») el único que puede pagarnos y protegernos es el público de la vieja demanda, de la vieja mentalidad, siempre necesitado de consuelo.

¿Quién puede aconsejar al nuevo autor? Yo sólo me atrevería a decir que los autores son antes hombres que autores, y que un supuesto ético de nuestra transformación es que importe más la verdad que el éxito.

El hecho de que gran parte de las obras premiadas no se estrenen, es un aspecto más de este divorcio entre el teatro que aún da algún dinero en unos pocos lugares españoles, y ese otro teatro que vosotros queréis escribir y que, metidos en el desconcierto de vuestra pequeña ciudad, no sabéis si es viable ni cómo sacar adelante...

JOSE MONLEON